

Soñé que anoche me soñé muerta

Iba caminando a donde me habían citado: La Escalera 1319. Era una casa de dos pisos, con grandes ventanales y un jardín enrejado. Cuando me acercaba a la puerta principal, lograba ver a la derecha tres calaveras apiladas. Dos pares de ojos viendo hacía a mí y la tercera, en la cima, mirando hacia el cielo con una gran sonrisa en su no-rostro. Tenían decoraciones llamativas y alegres grabadas en la piedra de un inusual tono café. Jamás había visto una escultura así, o que se le pareciera, y menos que estuviera allí para recibir a las visitas.

Un escalofrío me recorría desde la espalda hasta la nuca, donde mi cabello terminaba. Seguía mi camino con el sentimiento de que debía regresar. Entraba a la casa, había un pasillo largo que llevaba al fondo y donde las cortinas de una tela blanca, casi traslúcida, bailaban delicadamente al compás de una ligera brisa que no había sentido en el jardín. Detrás de ese inusual telón, se encontraban unas escaleras que llevaban a la parte superior. Me acercaba con cautela, tenía la sensación de estar haciendo una travesura, como si yo no debiera estar allí. La escalera también llevaba a la parte inferior. Había dos caminos: al cielo o al infierno. Mientras me aproximaba, notaba una puerta blanca con una chapa dorada. La entrada al purgatorio. Decidía por esa opción, era momento de abrir esa puerta.

—Amelia, no te oí llegar —escuchaba una voz familiar detrás de mí. Me veía descubierta y del susto parecía que mis dedos atravesaban la manija. El corazón me latía rápidamente.

Al darme vuelta, encontraba a mi anfitrión. Vestía un suéter negro y me miraba con alegría. Tenía poco más de trece años sin verle, sus ojeras eran más pronunciadas y noté sus entradas más profundas. El tiempo había pasado en él, a diferencia de mí, que sólo había un pequeño mechón de canas en la frente que reflejaba la edad que en verdad tenía.

—Te ves más pálida y cansada, los años no pasan en vano —trataba de hacerme reír como antaño pero no parecía tan sencillo.

—Lo mismo podría decir de lo que queda de tu cabello, Alejandro.

Él sólo reía sin ganas, mientras con un ademán me pedía que lo siguiera. Mis pasos eran ligeros y mi voz no volvía a decir palabra, como si estuviera atrapada en

la garganta. Había mucho que sentir y recordar, la emoción me hacía tiritar. ¿Cómo hablar con alguien que perdió todo contacto contigo? Ya no había palabras entre nosotros, ni escritas ni habladas. Pero sí una gran pared que nos dividía. La distancia y el silencio hacían que me percibiera lejana, ajena a él y al entorno. Esta casa no brillaba, era lúgubre y fría, casi no se podía respirar y me provocaba una gran presión en los pulmones. A veces, las personas están muertas en vida.

Como no sabía a dónde nos diríamos, sólo podía seguir sus pasos. Esa era una constante entre nosotros, yo siguiéndole, buscándole, hasta que dejé de hacerlo y la relación que nos unía se enfrió. Si fuera un hilo, estaría tan tenso, tan desgastado, tan frágil y a punto de romperse que era mejor no tocarlo. Habíamos desaparecido uno del otro. Muertos en la vida del otro, vivos en cualquier otra parte.

—Por qué no sonríes ahora —preguntaba mirándome a los ojos— como tu Yo de la mañana y de la noche.

—Porque mi Yo de la tarde está muerta —respondía sin atreverme a mirarlo de vuelta. Sólo podía ver cómo las cortinas blancas tapaban la vista.

Continuábamos caminando.

—Quiero presentarte a alguien muy especial —su mirada reflejaba una chispa que hacía mucho no veía en él.

Nos deteníamos hasta llegar a un estudio donde había una mesa de roble y allí se encontraba una mujer joven de cabello largo y lacio, como a mí me gustaba usarlo. Escribía atentamente notas en un cuaderno con varios libros a su alrededor. Ella alzaba la vista al escucharnos entrar y le sonreía a su esposo, lo suponía por los anillos que llevaba en la mano izquierda. Su sonrisa era amable y sincera, iluminaba el lugar y su mirada afable era acompañada por un lunar negro en el lado izquierdo, igual al que yo tenía cerca del ojo derecho. Ella no notaba mi presencia, proseguía escribiendo en el cuaderno. El pecho me empezaba a doler y a crujiir la mandíbula, no sólo no se atrevía a mirarme sino que estaba ocupando mi lugar, hasta usaba el mismo tono de labial que yo solía ponerme a su edad. Trenzaba su cabello como yo lo hacía y traía un collar dorado con la misma letra que yo tenía en plata. La gran ironía, sólo faltaba que tuviéramos el mismo nombre.

Después de un último trazo, ella miraba hacia donde yo estaba y sus ojos eran iguales a los míos, sólo que más felices y menos cansados. Me sentía tan extraña, tan conmovida y a la vez, tan etérea. Sus ojos no miraban hacia a mí, sino a través.

Perdía el equilibrio por el intenso mareo que me atrapaba y recordaba que no había tocado ninguna de las puertas ni ninguna cerradura de la casa. Las cortinas ondeaban pero jamás se inmutaron ante mi presencia, no llegaban a tocarme. Me acercaba a una de las sillas frente a mí, pero no lograba sentir la madera. Empezaba a desvanecerme pero lograba ver uno de los libros que estaba en la mesa, tenía unas franjas rojas que enmarcaban una figura entre luces y sombras. Antes de caer, conseguía leer *Anoche me soñé muerta* de Alejandro Toledo.

Abrí los ojos.

No pude ver claramente el techo de la recámara. Me dolió la cabeza y traté de levantarme sin éxito. Cuando lo logré, giré el rostro y vi el mismo libro en mi buró. Sólo tenía un pensamiento

«*anoche me soñé muerta*».

Tsuki-hime